



El restaurante de «La Grande Cascade», en el Bois de Boulogne, con su decoración «liberty», era el marco ideal para el último «baile del siglo», en el que no faltó

A LA BUSCA DEL TIEMPO





ampoco el «travesti» practicado por Gordon Fillio.



PERDIDO



Soraya, que no parece demasiado desengañada de su aventura cinematográfica, balló incansablemente con François Moreuil, ex marido de Jean Seberg. Y Pierre Cardin acompañaba a Bettina con quien aparece junto a estas líneas al lado de la «poetisa mundana» Lise Deharme.

GENERALMENTE, cada vez que en París se organiza «el baile del siglo», detrás de las apariencias puramente mundanas se oculta el lanzamiento o puesta en órbita de un producto comercial. Las famosas fiestas de Eddie Barclay coinciden siempre con la edición de una nueva serie de discos que quiere hacerse popular. Y el último acontecimiento de este tipo, el baile celebrado por Hélène Rochas, la famosa fabricante de perfumes, tenía como finalidad oculta —aunque no demasiado— el festejar el éxito de sus perfumes en el extranjero y reanudar con las tradiciones de antes de la guerra. En el fondo, se trataba de hacer renacer el gusto por el lujo fabuloso, de luchar contra la «democratización» de costumbres y atavíos. Y nada mejor para ello que una vuelta a los mitos de la «belle époque».

Naturalmente, madame Rochas contó con la colaboración de todos a quien esta «vuelta a las fuentes» no podía más que beneficiar. De todos, en suma, cuantos se obstinan en vivir de espaldas a la Historia, celosos de conservar unos privilegios

que, en el fondo, ellos mismos consideran un tanto fuera de la estructuración actual del mundo. Y allí estaban desde los duques de Windsor hasta la eternamente errante Soraya, pasando por ese «tout Paris» de la aristocracia con incrustaciones de actrices internacionales que trabajan por deporte, poetisas mundanas y escritoras ex-a-la-moda.

El «leit-motiv» de la fiesta, que debía presidir el ambiente general y los atuendos, era «My fair lady», la película de Cukor que se ha convertido en uno de los éxitos máximos de la temporada cinematográfica parisina, adaptación del «Pygmalion», de Bernard Shaw, despojado de gran parte de su ferocidad y su inconformismo, y adoptado, en consecuencia, con alegría por la misma clase social que puso la cara larga en la época de su ya lejano estreno. Desde el marco en que se celebró la fiesta —el restaurante «La Cascade», situado en pleno corazón del Bois de Boulogne, de la más pura línea «liberty»— a los vestidos y adornos capilares de las damas, todo retrotraía a una época ya sobrepasada, y que se evocaba con una nostalgia no exenta de un sentimiento **SIGUE**

A LA BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO



Madame Geneviève, con sus sesenta años, se lanzó a tocar la mandolina en el seno de una orquesta «ye-yé». Y también hubo la parodia de las «sufrajettes», no excesivamente brillante ni ingeniosa.

de impotencia de hacerla volver. No faltaron las alusiones caricaturescas a las «sufrajettes» ni, para acentuar contrastes, grupos «ye-yés», en los que se procurara hacer resaltar lo que de negativo pueda haber en este movimiento de la juventud actual. Soraya no paró de bailar con François Moreuil, ex marido de Jean Seberg. Los duques de Windsor estuvieron radiantes, después de la mala racha pasada últimamente a raíz de las sucesivas operaciones sufridas por el monarca dimitido. Jean Pierre Getty, heredero del hombre más rico del mundo, se presentó vestido de caballo. La vizcondesa de Ribes, en «loca de Chaillot», cantó canciones de fin de siglo. Y la Begum no desdeñó aparecer con un inmenso manojo de plumas en la cabeza. Sin que faltara el «travesti», a cargo de un orondo Inglés, Gordon Fillo. Pierre Cardin sin Jeanne Moreau, pero con Bettina, y Cecil Beaton, el fotógrafo y diseñador de los modelos de «My fair lady», representaron a los creadores de la moda sofisticada.

«París resucita, al fin». Este era el tono de los comentarios que se oían por doquier. Y, en un salón decorado como jardín de invierno, a la puerta del cual se alineaban docenas de «Rolls», una orquesta de mujeres que interpretaba aire de otros tiempos hacía la competencia a los «ye-yés», que actuaban en la pieza vecina. Corrieron litros y litros de whisky y champagne. Y, bien entrada la mañana, a una hora en la que el resto de la ciudad se dirigía a su trabajo, los invitados al último «baile del siglo» se retiraban a sus casas. Habían sido unos mil. Y el coste de la fiesta no se ha podido calcular. Lo que tampoco es grave, si se piensa que la anfitriona llevaba al cuello ciento veinte millones de pesetas en brillantes.

(Reportaje gráfico de DALMAS)





Helène Rochas, la anfitriona, se encargó de recibir a los invitados. Arriba, con los duques de Windsor. Abajo, con Jean-Pierre Getty, disfrazado de caballo y conducido por la baronesa de Vendevre.



LA CURACION DE LA TIMIDEZ

Se habla mucho de un reciente descubrimiento que permitiría curar radicalmente la timidez.

Según S. V. Borg, la timidez no sería un defecto mental, sino un mal físico.

«Tome Vd. a un tímido cualquiera. Prevéngale de temblar, de sonrojarse, de perder su compostura para adoptar un ademán ridículo. Enséñale cómo poder evitar estas manifestaciones físicas de su emoción, y habrá curado su mal. Jamás volverá a turbarse, ni por rendir un examen ni por declarar su amor a una joven, ni tampoco si un día tiene que hablar en público. Mi único medio es haber descubierto el medio que permite a cada cual dominar sus reflejos, instantáneamente y sin esfuerzo».

Bien parece que, en efecto, S. V. Borg ha encontrado el remedio definitivo para la timidez. Yo revelé su método a varios de mis amigos. Uno de ellos, un abogado, estaba a punto de renunciar a su carrera, tal era la ofuscación que pasaba cada vez que debía tomar la palabra; un sacerdote, a pesar de su gran inteligencia, no podría decidirse por la predicación; ambos quedaron pasmados por los resultados que obtuvieron; un estudiante que repetidamente había salido mal en el oral del Bachillerato, asombró a sus profesores en la última sesión pasando un examen con un brío estupendo. Un empleado que apenas se atrevía a mirar a su director se sintió de pronto con la audacia de sugerirle una idea interesante, y vio doblar su salario. Un viajante comercial que solía vacilar sus buenos cinco minutos antes de cruzar la puerta de sus clientes, se convirtió en un vendedor de ahínco irresistible.

Sin duda Vd. desearía también adquirir este dominio de sí, esta audacia de buena ley que tanto valen para ganar las duras batallas de la vida. No me es posible, en este breve artículo, exponer en detalle el método Borg, pero he logrado que su autor decida difundirlo entre nuestros lectores. Por lo tanto, pida Vd. a S. V. Borg su interesante obra «Las leyes eternas del éxito», que se la remitirá gustoso, en forma completamente gratuita. He aquí la dirección: Sr. S. V. Borg, c/o Aubanel Publishers, 14 Highfield Road, Dublín 6, Irlanda. Escríbale inmediatamente, antes de que se agote la edición de propaganda.

K. O'CONNOR